¡VALOR!

DRAMA EN DOS ACTOS

ORIGINAL

DE

MODESTO URGELL



BARCELONA
IMPRENTA DE FRANCISCO BADIA, DR. DOU, 14
1908

¡VALOR!

DRAMA EN DOS ACTOS

ORIGINAL

DE

MODESTO URGELL



BARCELONA
IMPRENTA DE FRANCISCO BADIA, DR. DOU, 14
1908

El Arte en Barcelona

Los que con notoria injusticia niegan al pueblo catalán aquella fina espiritualidad que se manifiesta en apasionamientos artísticos y literarios, no saben, sin duda, que de todos los pueblos españoles es el que mayores entusiasmos pone en el festejo de sus poetas, de sus músicos, de sus literatos, de sus artistas. Barcelona y Cataluña enteras, adoran al inmenso poeta Verdaguer, sienten con las ardorosas y patrióticas canciones de Clavé, admiran al gran polígrafo Milá y Fontanals, se enorgullecen con las espiritualidades de Urgell y de Apeles Mestres, hacen palacios para la Música, celebran Exposiciones pictóricas de resonancia europea, organizan festivales de arte, bailan sus danzas con fervores casi religiosos, viven, en fin, la vida del espíritu con intensidad tan grande ó mayor que la material del comercio y la industria, realizando así la vida en su complejidad majestuosa.

Ahora mismo Barcelona está de lleno etregada á las expansiones artísticas, y raro es el día que no celebran allí solemnidades y festejos de la más exquisita espiritualidad, como esa del cincuentenario de los Juegos Florales que el telégrafo nos ha ya descrito. El hermoso salón de actos del Palacio de Bellas Artes, ha servido de cuadro á la soberbia fiesta en la que los corazones de una multitud abigarrada se henchían al recuerdo de los grandes hombres, de los Balmes, de los Aribau, de los Pi y Margall, de los Bartrina, de los Clavé, de los Bofarull, de los Piferrer, de los Milá y Fontanals, de los Verdaguer, de los Roberto Robert, de los Mañé y Flaquer, de los Coll y Vehí, de los Capmany, de los Ausias March, de los Ixart, de los Soler, de los Balaguer, de los Rubió y Ors, de los Almirall, de los Agulló, de los Cabanyes, de toda esa inmensa pléyade que llena innumerables páginas de oro de la historia catalana y que robustece al poderoso conjunto del genio patrio tan luminoso ó más que el de otras naciones que gozan fama de poseer espléndida y lozana mentalidad.

(*Las Novedades.*)

Á mi buena y excelente amiga Carmen, Condesa del Castellá,

El autor.

PERSONAJES

Rosario	44	años
Carmen	20	»
Doña Paquita	40	»
Filomena	70	»
Isabel	25	»
Una Hermana	30	»
D. Julian	47	»
Luis	23	»
D. Ricardo	70	»
Padrino 1.º		
» 2.º		

ACTO PRIMERO

Salita de confianza. Dos puertas al foro; una conduce al jardín, antesala, etc., etc. y la de la izquierda á la habitación de Rosario: entre las dos, chimenea con péndulo. Derecha; primer término habitación de Carmen; segundo balcón. Izquierda; primer término habitación de Julian, segundo id. Luis. Mesita-escritorio, butacas, etc., etc. Todas las sillas tendrán puestas su funda, menos una que estará arreglando Filomena durante dos minutos. Despues el péndulo dá las diez.

ESCENA PRIMERA

FILOMENA.—¡Canastos! pues no están dando las diez... vaya, las diez: ese sí que no envejece ni le pasa lo que á mi, que, como dice el Señorito, van á cambiarme por cosa mejor. Bueno (*colocándola en su sitio*) ...así... eso es, la última y van seis, y ya tenemos hecho un *quehacer*, porque á esos les dejo para luego, y mañana á estas horas á Villa-Rosario. (*Cogiendo el plumero y esquivando un abejorro*). ¡Eh¡ he!... tú... ¿qué quieres? Arre allá á llevar malas nuevas á otra parte; á fuera he dicho, pues no es terco el condenado y negro, cual diaño del infierno, como dice Isabel... no, pues mientras tenga yo plumero no vas tú á meter la pata... Arre allá (*figurando que sale escapado por la ventana ó balcón*) mal intencionado... qué no hay cuartel... ¡pst! fuera! fuera! con toda tu casta. (*siempre con el plumero*).

ESCENA II

(*Isabel aparece con gran misterio y dice desde el foro, á media voz):*

ISABEL.—¡Pst!... ¡pts!... Filumena... Filumena!...

FILOMEMA.—¿Qué quieres?

ISABEL.—Corriendo, non se entretenga.
FILOMENA.—¿Por qué?... ¿qué hay?
ISABEL.—Que está aquí...
FILOMENA —Pero ¿quién?
ISABEL.—¿Quién ha de ser? D.ª Paquita.
FILOMENA.—¡Demonio! y dónde está?
ISABEL.—Abajo estaba, charlando con la portera. (*llaman*). Non oye, Filumena? pues ella es, ¡vaya! estale llamando.
FILOMENA.—Estás segura?
ISABEL.—Ya lo creo. y tanto. Voile corriendo.
FILOMENA.—No, no vayas tú: déjame á mí, á mí sóla, como manda la Señora (*mutis*). ¡Si no podía faltar!

ESCENA III

ISABEL. luego CARMEN

ISABEL.—¡Cuernos! con esa D.ª Paquita! malo el día empezamos, y los amos que non lo saben, ni la señora tampoco. (*aparece Carmen*). ¡Ay, gracias á Dios!
CARMEN.—¡Vaya unos buenos días! ¿A qué viene eso? ¿por qué «gracias á Dios»?
ISABEL.—Pues, porque iba en este momento á buscarla á V., Señorita.
CARMEN.—Para qué?
ISABEL.—Para qu'estale la Señorita prevenida.
CARMEN.—Pero ¿qué quieres decir? No te entiendo... Esplícate.
ISABEL.—Que está aquí, que tenemos aquí otra vez á esa D.ª Paquita.
CARMEN.—¿D.ª Paquita aquí? ¿en casa?
ISABEL.—Ya lo creo; con estos ojos la he visto yo, y ella tambien m'ha mirao.
CARMEN.—Y ¿dónde está ahora?
ISABEL.—Con la portera debe de estar y tambien fué con ellas Filumena, digo yo, paréceme.
CARMEN.—Y qué quiere... (*aparece Filomena*).

ESCENA IV

FILOMENA,—Pues, preguntó, si estaban Vds. y yo la dije que Vds. no estaban, y entonces dijo que volvería y que si verdaderamente salían mañana para Villa-Rosario, y yo la dije que lo ignoraba y

que eso no era cuenta mía y tambien preguntó si se iban todos, y yo la dije que no lo sabía y entonces D.ª Paquita... (*aparece Lnis*)

LUIS.—Bueno, basta; basta ya de D ª Paquita.

FILOMENA.—Como preguntó la Señorita...

LUIS.—Está bien; enterados

CARMEN —(*Con cariño*). Vaya, vaya V. Filomena.

LUIS.—Y tú tambien, Isabel.

ESCENA V

CARMEN.—Pobre Filomena! De todos modos hay que agradecerle sus buenas intenciones. (*Tras una pausa y con misterio*). ¿Qué me dices de nuestra Doña Paquita? Sabes, Luis, que esa buena amiguita ..

LUIS.—Por favor, Carmen, hablemos de otra cosa.

CARMEN.—Deseaba únicamente saber..

LUIS.—No, Carmen, no; ni una palabra más, te lo suplico.

CARMEN.—Como quieras. (*Quedando visiblemente preocupados y como deseando cambiar de conversación, pregunta Luis:)*

LUIS.—Dime, Carmen, ¿y Mamá?

CARMEN.—En el jardín.

LUIS —¿Cómo la encuentras?

CARMEN.—¿Qué quieres que te diga? yo no la veo completamente restablecida.

LUIS.—¡Pobre Mamá!

CARMEN.—Hay que distraerla .. engañarla, si es preciso.

LUIS.—¡Pst! ¡Calla!... Me parece... sí, sí, no hay duda, ella es,

ESCENA V

Dichos, ROSARIO

CARMEN.—¿Vienes del jardín, Mamá?

ROSARIO.—Sí; allí estaba.

LUIS.—¿Sola?

ROSARIO.—Con mis flores.

CARMEN.—Quedan pocas.

ROSARIO.—Y tristes. Este año ha sido funesto para ellas. Les pasa lo que á mí.

LUIS.—No digas tal, bien al contrario.

ROSARIO.—¿Al contrario? ¿por qué?

CARMEN.—Por que á esas flores tan... tristes, como tú supones, no se les oculta nuestra ida á Villa-Rosario.

ROSARIO.—Pero, hija, de dónde has sacado que las flores? .

CARMEN —Presienten la soledad, la quietud, el olvido que les aguarda; no lo dudes Mamá; mientras que á tí te pasa todo lo contrario. Mira, Luis, mira que carita de rosas, qué joven y guapa, si parece hija mía.

ROSARIO.—Aduladora

CARMEN —¿Cómo aduladora? que lo diga Luis, y papá... papá lo dice tambien.

ROSARIO.—(*Con marcado interés).* ¿Qué dice tu padre?

LUIS.--Pues eso, que estás más guapa que nunca.

CARMEN.—A propósito; ayer mismo, tú paseabas por el jardín, allá... donde empiezan los rosales. Papá te atalayaba desde la terraza, y yo á los dos, desde el mirador; qué satisfecho y orgulloso parecía Papá; juraría adivinar lo que pensaba.

ROSARIO.—Y .. ¿qué pensaba?

CARMEN.— (*Con zalamería y ruborizándose*). No sé... no sé decirlo... Estaba encantado.

ROSARIO.—Pobre hija mía, cómo te engañas; no se encanta tu padre tan facilmente.

LUIS.—Quien se engaña ó quiere engañarse eres tú.

ESCENA VI

Dichos, JULIAN

(Luis y Carmen corriendo hacia él y besándole).

LUIS y CARMEN.—¡Buenos días, Papá!

JULIAN.—Buenos días, hijos míos! ¿Y tú, Rosario?

ROSARIO.—(*Con frialdad*). Bien.

JULIAN -- ¿Y nuestros rosales?

LUIS.—Carmen asegura que presienten la soledad.

JULIAN.—¿Quién sabe? ¿Y esa novelita? (*Carmen tiene un libro en la mano*).

CARMEN.—Apenas tiene argumento; todo se reduce á un duelo.

LUIS.—A un duelo á muerte.

ESCENA VII

Dichos, DOCTOR

DOCTOR.—Aquí estamos todos.
JULIAN.—¡Eureka! (*Todos á la vez*).
LUIS.—Dichosos ojos.
CARMEN.—Bien venido, Doctor.
ROSARIO.—Tres días sin verle.
DOCTOR.—Buena señal.
ROSARIO.—Me refería al amigo.
DOCTOR.—Gracias Rosario, lo sé. A ver, (*le toma el pulso*) á ver... ¿cómo va ese valor?
LUIS.—¿Oyes, Papá? D. Ricardo pregunta ¿cómo va ese valor? luego el valor existe... ¿no es eso?
DOCTOR —Y espero que no ha de faltarle á tu Mamá.
ROSARIO.—Mi marido no opina como V. doctor.
DOCTOR.—Para Julian sólo existe el miedo.
JULIAN.—¿Quién lo duda? Cuando tenemos miedo, sentimos algo; una impresion, un malestar. .
DOCTOR.—Conozco la teoría El valor no existe, en cambio puede uno tener miedo.
JULIAN.—De mil maneras; miedo de enfermar, miedo de morir, miedo de perderse y tambien puede uno tener miedo de tener miedo.
DOCTOR.—Tú lo has dicho y punto redondo, ¿verdad?
JULIAN —Y lo probaré. Ahora, en este instante, aquí mismo; tu, yo, Luis, Carmen y Rosario, todos nos suponemos valientes. Ocurre algo anormal, nos amenaza un peligro, se teme una epidemia, ¿ves? fíjate, «se teme» ya tememos, ya tenemos miedo ¡Adios, valor! Hay una ley natural! «El instinto de conservación» el miedo obedece, á esa ley, y á la transgresión, ó menosprecio de esa ley llamamos «Valor» de modo que «Valor» es un factor negativo, ergo, no existe el Valor.
DOCTOR.—Pero sí, la paradoja.
JULIAN.—Cómo, paradoja.
DOCTOR.—Sofisma, Julian; puro sofisma, que no nos convence.
JULIAN.—Por que estamos en terreno falso, citando sólo casos de valor relativo ó convencional.
LUIS.—No nos entendemos, Papá.
DOCTOR.—O no queremos entendernos.
JULIAN.—Pero en suma ¿qué quiere decir Valor?
LUIS.—Una condición del alma que nos mueve á

correr los mayores riesgos, afrontando serenamente los más grandes peligros.
CARMEN.—¡Aja ja! precisamente eso dice...
LUIS.—Tu novelita ¿verdad?
CARMEN —Ni más, ni menos, con sus comentarios y moralejas.
LUIS.—Ya, para niñas sensibles.
CARMEN.—Estimando, Luis.
LUIS —Pero bonitas
CARMEN.—Mejorando lo presente, y no arguyas de mala fe, puesto que en esa novela tú sabes cómo se combate el duelo á muerte, por injusto, insensato y criminal.
LUIS.—Y no habla de esos momentos sublimes? de esos nobles arranques, ni de esos lances de honor que acaban en almuerzos, entre valientes sietemesinos.
CARMEN.—No: eso queda para los refinados que presumen de graciosos.
LUIS.—¿Eh? ¿Qué tal? ¿qué le parece á V. Doctor? Cómo se expresa mi hermanita.
DOCTOR.—Muy bien, Carmen; eso se llama pagar á la vista.
JULIAN.—Y en buena moneda. Luis no se ofende por tan poco.
LUIS.—Al contrario, y en prueba de ello voy á recordaros un acto de verdadero valor.
DOCTOR.—Así me gusta oirte, Luis; veremos qué dice tu padre.
LUIS.—Gracias. D. Ricardo.
DOCTOR.—Tu tienes la palabra.
LUIS.—Lo que os voy á referir lo presencié yo siendo aun muy niño.
ROSARIO.—(*Levantándose*). Conozco la historia. Con su permiso, Doctor.
DOCTOR —Comprendo; conviene evitar emociones.
CARMEN.—¿Voy contigo?
ROSARIO.—No, hija, no... luego. (*Mutis*).
CARMEN.—Como quieras, Mamá.

ESCENA VIII

DOCTOR.—Y ahora, venga esa historia, anécdota ó lo que sea.
LUIS.—Podría llamarse, prólogo de un drama.
DOCTOR.—Al grano.

LUIS —Pues bien: á últimos de Octubre y al atardecer de un día frío y lluvioso, nos encontrábamos en el andén de la estación de Caldearenas, pueblo del alto Aragón. Mamá, angustiosa, aguardaba á Papá, que no llegó aquella tarde. Carmen contaba apenas seis años.

CARMEN.—No importa. Lo recuerdo.

LUIS.—Yo yo me aburría, indiferente á cuanto pasaba á mi alrededor. Partía un tren de reclutas para Cuba... !Pobres muchachos! mansos, tristes, resignados y conforme iban llegando, los hacinaban en inmundas jaulas, como míseros corderos, en medio de aquel silencio, interrumpido tan sólo por un ¡Adiós! un suspiro, ó un sollozo. De pronto, silba la locomotora, y como por encanto, cual si surgieran de las entrañas de la tierra, tres mujeres... cuatro... seis... veinte, más, muchas más, infinitas mujeres, todas madres, sin dar tiempo para impedirlo, ni aun para pensarlo, se arrojan inconscientes ó temerarias; y abrazadas, aferradas á la máquina, impiden por tal manera la salida del tren, que sólo la fuerza, el cansancio y la empeñada lucha con sargentos y soldados, consiguen postrarlas, aniquilarlas; pero no rendirlas, puesto que gritando ¡asesinos! allí quedan dispuestas, resueltas á dar mil vidas por sus hijos.

JULIAN.—Como ejemplo de amor de madre, eso me contásteis á mi regreso á Caldearenas.

DOCTOR.—Que puede muy bien citarse como rasgo de valor colectivo.

LUIS —Y como no puede existir valor colectivo, sin valor personal ó individual, ergo existe el valor.

DOCTOR.—(*Dándole la mano*). Muy bien, Luis. Tus historias quizá no convencen del todo, pero emocionan. Tus argumentos hay que sentirlos, pero sin profundizarlos; naciste artista, eres poeta.

CARMEN.—Y romántico, como yo; hermanos al fin.

LUIS.—Hablaremos de eso

DOCTOR.—Sí... allá, en Villa-Rosario. Ahora debo recordar algo muy. . íntimo (*con intención*) á tu Señor Padre.

LUIS.—Vamos pues, Carmen?... Mamá espera (*mutis*).

CARMEN.—Sí, espera, y no conviene dejarla sola... (*con mucha intención*) y tu, Papá... no olvides los consejos del Doctor (*mutis*).

ESCENA IX

Julian y Doctor, viendo salir á Carmen.

Doctor.—¡Encantadora! Es un tesoro esa chiquilla, no te la mereces; Luis, todo un hombre, Rosario, una santa... todos valen más que tú.
Julian.—Muchas gracias.
Doctor —Clarito: ya sabes que no me muerdo la lengüa.
Julian.—Lo celebro... pero ¿á que viene?...
Doctor,—¿A qué viene? ¿lo ignoras, verdad? ¿No lo sabes? (*con misterio*) ¿qué pasó el domingo con tu mujer?
Julian.—¿El domingo? ¿Con mi mujer?
Doctor.—Sí, aquí, al salir de casa: al encontraros con esa... dichosa Paquita. Y no te hagas el tonto, porque lo sé todo.
Julian.—¡Por Dios!, Ricardo.
Doctor.—Y si no lo saben tus hijos, lo adivinan.
Julian.—¿Mis hijos?
Doctor.—Y tu Rosario; mira Julian que mañana será tarde. Con pócimas y consultas no se curan dolencias del alma, y menos (*con misterio*) aun se ocultan billetes clandestinos.
Julian.—¿Que quieres decir? no te entiendo.
Doctor.—Que acaban de entregarte una carta y que Rosario lo sospecha.
Julian.—No lo niego, pero esa carta puede ser de un amigo.
Doctor.—¿A mí con esas?
Julian.—Pero ¿que sabe mi mujer? en fin, toma... lee (*lee el Doctor*). ¿Eh? ¿qué te parece? se necesita descaro. Esa sí que no tiene miedo.
Doctor.—Ni vergüenza. Ahi tienes un acto de Valor. Supongo que no contestarás.
Julian.—No lo sé, Ricardo, no lo sé.
Doctor.—¿Que no lo sabes?
Julian.—¿Y si vuelve?
Doctor.—La crees capaz?
Julian.—De todo.
Doctor.—Pues no se la recibe, y si es preciso se la arroja.
Julian.—Tu no la conoces, Ricardo, tu no sabes quien es Paquita, y sobre todo ignoras lo que es una mujer celosa.
Doctor.—Entonces ¿como quieres arreglarlo?

JULIAN.—Por las buenas. Evitar un escándalo; que no se enteren mis hijos, engañarla del mejor modo posible, ganar tiempo, no veo otra manera, y una vez en Villa-Rosario...
DOCTOR.—Pasar allí largas temporadas, todo el año si es preciso, contigo, con tus hijos; eso necesita tu mujer: tranquilidad, dicha, alegría y sobre todo mucho cariño.
JULIAN.—Pues á eso vamos.
DOCTOR.—¡Pobre Rosario! harto la has hecho sufrir con tus lijerezas y caprichos, y en cnanto á esa... à esa *amiguita* hay que echarla de esta casa
JULIAN.—Pero si no deseo otra cosa, que más quisiera?
DOCTOR.—Pues ¿Qué te detiene?
JULIAN.—Su marido.
DOCTOR.—¿Le temes?
JULIAN.—Naturalmente, por ella, por su Paquita, al fin y al cabo es su mujer: la mujer de un amigo.
DOCTOR.—¿Amigo?
JULIAN —O Compañero.
DOCTOR.—Ya, de tresillo, lo sé: de los que juegan y ganan, por lo menos á tí, bien que tú ya te desquitas... Me indigna oirte: vaya unos amigos! tu mujer, tus hijos y este viejo gruñón que os vió nacer, ahi tienes, tus mejores, tus únicos amigos.
JULIAN.—No lo olvido, RIcardo, tu sabes cuanto te queremos todos, pero las circunstancias, compromisos, por el bien mismo de Rosario ..
DOCTOR.—Pataratas, escusas: tierra de por medio á Villa-Rosario, vida nueva y aquí tenemos á Luis. (*Este aparece y el Doctor*, *puesto ya el sombrero*, *consulta su reloj con el péndulo)*.
LUIS.—Nos deja V. ya, Doctor?
DOCTOR.—Digo; la una; me parece que no ha sido visita de medico.
JULIAN.—*(Aparte)*. Llévate á Luis.
DOCTOR.—Comprendo. Luis, dos palabras.
LUIS.—Y mil. (*Mutis los dos*).

ESCENA X

Julian preocupado, leyendo la carta enciende nn pitillo, quema la carta, que arroja á la chimenea, luego se sienta con visible mal humor. Luego Carmen, despues Luis.

CARMEN.—Papá... ¿estás solo?
JULIAN.—Contigo (*pausa*) ...¿qué quieres?
CARMEN.—Y mamá?

JULIAN.—En su jardín.
CARMEN.—¿Y Luis? (*aparece Luis*).
LUIS.—Luis acaba de despedir al Doctor. Sus últimas palabras han sido: «Mamá sobre todo». El domingo en Villa-Rosario seguiremos nuestras discusiones.
CARMEN.—Pobre D. Ricardo, que bueno es, y como nos quiere Aquí está mamá.

ESCENA XI

Dichos, D.ª ROSARIO

ROSARIO —Oye, Julian.
JULIAN.—¿Que me quieres?
ROSARIO.—¿Que te decía el Doctor?
JULIAN.—Me hablaba de vosotros; de tí, de Villa-Rosario.
ROSARIO.—¿Nada más?
JULIAN.—Nada más.
ROSARIO.—No hace mucho llamaron, verdad?
JULIAN.—No recuerdo.
ROSARIO.—Ignoras pues quien era?
JULIAN.—Naturalmente.
ROSARIO.—Pues era... Paquita... nuestra amiga .. nuestra .. simpática amiga.
JULIAN.—Carmen, hija mía...
CARMEN.—¿Que quieres, papá?
JULIAN —Se... me olvidó la petaca... supongo estará...
CARMEN.—En la terraza? .. es posible.
JULIAN.—Sí, allí la dejé.
CARMEN.—Comprendo. Voy por ella. (*Mutis. Luis intenia irse*).
JULIAN.—Luis.
LUIS.—¿Que quieres, papá?
JULIAN.—Adonde vas?
LUIS.—Pues iba... iba por la petaca.
JULIAN.—No, no te vayas. Tu puedes oirlo todo... á no ser que tu madre. .
ROSARIO —Sí, Luis, tu debes saberlo todo.
LUIS —Pero ¿que quiere decir todo, cuando no hay nada. Vaya un empeño! No te incomodes papá, y tú mamá, perdona, pero yo solo veo en vosotros dos niños sin más defecto que el quereros demasiado; mas claro... no, no quiero decirlo.
ROSARIO.—Porque? sigue Luis, sigue, no te detengas.
LUIS.—Pues bien, mamá, tu estás celosilla, mientras papá sólo se mira en tus ojos ¿pues qué? esa ida á

Villa-Rosario, ese propósito de pasar allí todo el año, toda la vida si es preciso; ese afán por complacerte, dejando casinos, teatros, amigos, todo esto ¿nada significa? ¡Vaya! ¡vaya! se acabó: os dejo solos; un abrazo (*abrazándolos*) y hasta luego. (*Mutis*).

JULIAN.—¡Muy bien, Luis, ¡muy bien, hijo mío! Así me gusta. Eh, Rosario ¿qué te parece?

ROSARIO.—Que nuestros hijos van comprendiendo más de lo preciso, y...

JULIAN —Acaba.

ROSARIO.—Que nuestros criados no cumplen como debieran.

JULIAN.—¿Lo dices por...?

ROSARIO.—Por Filomena. sí señor ¿á que viene eso de «Los señores no están en casa» ¿A qué mentir? «Que no recibimos» Así dije?

JULIAN.—Filomena creyó sin duda...

ROSARIO.—Repito que muy mal creído: se dá una órden y se cumple, pero si á mi señor marido no le parece bien, con revocar esa órden...

JULIAN —No hija, no, nada de eso; creo únicamente que te equivocas y que deben llevarse las cosas de otra manera.

ROSARIO.—No lo tomas con poco empeño, nadie diría que se trata de una amiga mía, sinó tuya.

JULIAN.—¿Amiga?... amiga de todos.

ROSARIO —Pues cuanto más amigos, más claros.

JULIAN.—No te entiendo, Rosario, y por claro que á tí te parezca.

ROSARIO.—En cambio yo temo entenderte demasiado.

JULIAN.—¡Ojalá! Rosario, ¡ojalá! no deseo, no pido otra cosa, ¿quieres saber...? ¡pts! cuidado, alguien sube. (*Aparece Carmen*). ¡Carmen!

ESCENA XII

CARMEN.—(*Desde el foro con graciosa timidez*). ¿Estorbo...?

JULIAN.—Nunca, hija mía. ¿Que quieres?

CARMEN.—Que... no doy con ella.

JULIAN.—No comprendo.

CARMEN.—Pues... la petaca.

JULIAN.—Es verdad, no me acordaba: ya la encontré... ¿quieres algo, Carmen?

CARMEN.—Sí, es decir... no.

JULIAN.—¿En qué quedamos?
CARMEN.—No sé... no me atrevo...
ROSARIO.—¿Por qué? Habla, hija, habla.
CARMEN.—Es un secreto.
ROSARIO.—¿Para mí?
CARMEN.—Para... los dos.
JULIAN.—No comprendo, y tú, Rosario?
ROSARIO.—Tampoco.
CARMEN.—Pues es una lástima. (*Despues de vacilar un momento*)... Escucha, papá (*le habla al oido*) ¿No te parece?
JULIAN.—Sí, Carmen, sí, ya lo creo, con toda mi alma.
CARMEN.—Oye tu también, mamá (*repite el mismo juego*). ¿Eh? ¿Qué dices?
ROSARIO.—Naturalmente... que sí.
CARMEN.—Sin embargo... falta (*poniendo la carita entre los dos: Julian y Rosario la besan cada cual en su mejilla*), ¡Aja-já! muy bien: así. ¡Gracias á Dios. (*Se despide saltando como una niña: al llegar al foro se vuelve y dice con toda la picardía posible:*) Y ahora no olvideis que lo prometido es deuda (*Mutis*).

ESCENA XIII

JULIAN.—Tiene razón Ricardo; es encantadora.
ROSARIO.—Pobre hija mía, ¡qué buena es!
JULIAN.—Ya ves, nuestros hijos nos enseñan, nos trazan el camino. ¿Por qué dudas? ¿por qué no quieres creerme?
ROSARIO.—Y tú ¿por qué finjes?
JULIAN.—¡Rosario! ¿qué dices? ¿qué significa?...
ROSARIO.—Eso pregunto yo ¿qué significan esas cartas? ¿Qué secretos son esos?
JULIAN.—Ningún secreto, híja mía: es carta de un amigo.
ROSARIO.—¡Mientes!
JULIAN.—¡Rosario!
ROSARIO.—Que mientes, digo, y si no, venga esa carta.
JULIAN.—¡Otra vez!
ROSARIO.—Y mil. Esa carta es de Paquita.
JULIAN.—Te engañas.
ROSARIO.—Pues dámela.. ¿dónde está?
JULIAN.—...Quemada.

ROSARIO.—¿Quemada?
JULIAN.—Sí, destruída. ¡Pobre Rosario!
ROSARIO.—Te inspiro lástima, verdad?
JULIAN.—No, Rosario, no, nunca, ¿por qué? ¡Vaya una idea! Me inspiras cariño, sólo cariño, únicamente cariño, por más que te obstines en creer lo contrario.
ROSARIO.—Pues entonces ¿á qué tantas reticencias, tantas explicaciones, tantos miramientos? No recibimos á Paquita y dejamos la casa y salimos para Villa-Rosario y vamos al fin del mundo, sin avisar ni enterar á nadie, porque así nos place, y se acabó.
JULIAN.—Pues aquí está el error, porque de este modo nada se acaba; por el contrario, se enreda, se complica. Es preciso pensarlo todo, guardar las formas.
ROSARIO.—No te entiendo, Julian, no te entiendo.
JULIAN.—Más claro: mañana llega Martín.
ROSARIO —Martín...
JULIAN.—Sí, el marido de Paquita.
ROSARIO.—¿Y qué?
JULIAN.—¿Cómo y qué?
ROSARIO.—Lo encuentro muy natural
JULIAN.—¿Ya lo creo, y más natural aun que se entere. ¿no es eso?
ROSARIO.—Lo ves, lo estás viendo?: tu mismo te delatas; temes que se entere.
JULIAN.—Sí, de cuanto está pasando, del desaire á su mujer, de nuestra partida á Villa-Rosario, que más bien parece fuga.
ROSARIO.—¡Calla! ¡calla! no sigas: lo comprendo, tienes razón, eres muy precavido. Sí, será mejor, más conveniente y sobre todo más cómodo, aplazar nuestra partida, pedirles perdón, y luego, previo permiso autorizado por nuestra amiga Paquita...
JULIAN.—Dale bola y machaca. ¡Por Dios, Rosario, contigo no hay medio: todo es inútil. Ni mis buenos deseos, ni mis firmes propósitos, ni ruegos, ni razones, sirven ante tu obstidada incredulidad... Yo quería evitarte un disgusto; conciliarlo todo buenamente, y tú empeñada en lo contrario: pues bien, no se hable más, ¿tú lo quieres? sea, me lavo las manos; no respondo de las consecuencias.
ROSARIO.—¿Me amenazas?
JULIAN.—Amenazarte? ¿yo á tí, Rosario? ¡por Dios!

compréndeme una vez siquiera, una vez en la vida: no amenazo; suplico, advierto, preveo.

ROSARIO.—Ya, recibiendo billetes perfumados.

JULIAN.—Dale con el billete y la carta.

ROSARIO.—Pero ¿qué consigues con mentir inutilmente?

JULIAN.—Pues bien, sí, miento... quiero decir, he mentido... he mentido para evitarte un disgusto: tienes razón, á qué negarlo, cuando precisamente esa carta me justifica, me absuelve.

ROSARIO.—Al fin, confiesas?

JULIAN.—Sí, confieso: confieso que no contesto, que me persigue, que no quiero verla, que me cansa y me aburre y que he roto con ella para siempre ¿quieres más?

ROSARIO.—¿Y que más puedo pedir? ¿has roto con ella? ¡muy bien! ¡luego me habeis engañado!, traicionado villanamente, á mí, á la celosa, á la crédula, á la visionaria ¿qué más puedo pedir? Celosa yo de esa .. desdichada, que aun tiene la osadía de escribirte aquí, á mi casa. Esa si que tiene «Valor».

JULIAN.—¿Pero qué hablas? ¿Qué estás diciendo? Vas á volverme loco, Rosario ¡por Dios! Si no es eso: si aquí no hay engaño, ni traición Se trata únicamente de una carta sin importancia, puesto que nada decía, absolutamente nada.

ROSARIO.—Estaba en blanco ¿verdad?

JULIAN.—Poco menos; búrlate cuanto quieras, mejor, más vale así.

ROSARIO.—¿Por qué, pues, la quemaste?

JULIAN.—Para evitar esta escena; me temía lo que está pasando, y ¡como hay Dios! me he lucido.

ROSARIO.—En suma, que me quedo sin saber lo que nuestra... amiguita quería, ¿no es eso?

JULIAN.—Pues no, señora, no es eso. Aquí no hay misterios ni secretos. Paquita está resentida, humillada; no comprende por qué no se la recibe, y dejando á un lado sus naturales coqueterías, no le falta razón. No es suya toda la culpa.

ROSARIO.—¿Pues de quién? ¿Acaso mía?

JULIAN,—Por qué se ausenta su marido tan amenudo? ¿porqué la deja sola?

ROSARIO.—¿Y á tí qué te importa?

JULIAN.—¡Friolera!

ROSARIO.—¡Ah! sí, es verdad, tienes razón; te asusta

la idea de que se entere Martín; más claro no puede ser: Temes al marido.

JULIAN.—¿Poqué no? ¿á qué negarlo? sí, temo, temo por ti, por tí únicamente.

ROSARIO,—¡Mentira! ¡que te importa tu mujer! por ella, por ella temes. ¡Infames! ¡Canallas! Pues bien, que se entere de una vez; que la mate.

JULIAN.—Pero ¿qué está diciendo esta criatura? No te conozco Rosario.

ROSARIO.—Harto lo sé, nunca me conociste.

JULIAN.—No llores. (*Acercándose á ella*).

ROSARIO.—¡Quita! ¡aparta!

JULIAN.—Una palabra... ¡Oye!

ROSARIO.—Que no, he dicho

JULIAN.—Rosario, ¡por Dios! deja que yo te explique... (*Le coje una mano*)

ROSARIO.—(*Rechazándole)*. No me toques; ¡suelta!

JULIAN.—Por tu salud.

ROSARIO.—No me importa.

JULIAN.—¡Que te estás matando, Rosario!

ROSARIO —¡Ojalá!

JULIAN.—Por tus hijos.

ROSARIO.—¡Pobre Carmen!

JULIAN.—¡Pts! cuidado, alguien sube.

ROSARIO.—Está bien.

JULIAN.—¿Te vas?.. voy contigo.

ROSARIO.—No, tú no:.. quiero estar sóla. (*Mutis rápido, cerrando tras sí las puertas de la habitacion).*

JULIAN.—(*Junto á la puerta, que estará cerrada*). ¡Rosario! ¡Rosario! Oye... ¿porqué me tratas así?... ¡Rosario!... Nada, no quiere, no hay medio: todo es inútil.

ESCENA IV

Julian preocupado, sentándose enciende un pitillo, murmurando:

JULIAN.—Cómo ha de ser... veremos si allá, en Villa-Rosario, consigo convencerla. Lo primero es lo primero. Bien dice Ricardo, cueste lo que cueste mi Rosario ante todo. (*Queda pensativo y después exclama:*) No pensemos más en ello.

ESCENA XV

ISABEL aparece con gran misterio.

ISABEL.—¡Señor... Señor ..!
JULIAN.—¿Qué hay? ¿Qué quieres?
ISABEL.—(*Con misterio).* Que está aquí.
JULIAN.—¿Qnién?
ISABEL.—Pues esa... esa amiga... la amiga de la señora.
JULIAN.—(*Con asombro.*) ¡Paquita!
ISABEL.—La misma D.ª Paquita.
JULIAN.—Pero ¿tú la has visto?
ISABEL.—Ya lu creo *y* ma llamao «animal».
JULIAN.—¡Maldición! ¿*y* quién está ahora con ella?
ISABEL.—Filumena.
JULIAN.—¿Y los señoritos?
ISABEL.—En el jardín, allá, en lo último, con sus flores.
JULIAN.—Anda, dile que no recibimos, que está indispuesta la señora.
ISABEL.—Si non escucha razones. Si non puede Filumena con ella, si mais paréceme diaño maldito.
JULIAN.—No importa, anda, corre: que no esto*y*, que no estamos en casa, ¡vivo, vivo! (*En el momento de hacer mutis Isabel, aparece Paquita, erguida, provocativa, y exclama desde el foro:*)
PAQUITA.—¡Es inútil! ¡Ya es tarde!

ESCENA XVI

JULIAN.—¡Paquita! ¡tú aquí! ¿qué quieres?... ¿á qué vienes?
PAQUITA.—Pues... á despediros. ¿No salís mañana para Villa-Rosario?
JULIAN.—¡Por Dios! Paquita, no me comprometas. ¡No me pierdas.
PAQUITA —¿Temes?
JULIAN.—Y tanto. No sabes lo que has hecho: luego iré *yo* por tí: pero vete, no seas imprudente.
PAQUITA.—Es innegable que tienes mucha penetración.
JULIAN.—No te entiendo.
PAQUITA —Claro, como que para eso he venido.
JULIAN.—Entonces ¿qué quieres? ¿qué intentas?
PAQUITA.—Tú lo has dicho: perderte, arrancarte la máscara, todo, menos tolerar que un fátuo, un canalla, se burle de mí.

JULIAN.—Pero... ¿has pensado lo que dices?
PAQUITA.—Creo que sí.
JULIAN.—¿Estás loca?
PAQUITA.—Puede ser.
JULIAN.—No, Paquita, no: no lo has pensado, sé razonable, que va en ello la salud, la vida de Rosario, de tu amiga de la infancia; la pobre está celosa, exasperada.
PAQUITA —Pero tú ¿qué te has creído? (*Mucha ironía*). Aquí está Paquita, la amiga, la íntima de mi mujer: llego yo; cuatro piropos, una declaración, conquista número tantos y á otra, ¿no es eso? ¡Ah! no, Julian, no: lo que mucho vale, mucho cuesta; ni yo me presto á servir de juguete ni me conformo tan facilmente.
JULIAN.—¡Pst! Que está aquí Rosario, que puede oirte.
PAQUITA.—Y qué me importa tu Rosario!
JULIAN.—¿Que no te importa? á ti más que á nadie. Oye, Paquita, escucha...
PAQUITA.—Que no quiero, he dicho; esto y cansada de embustes y excusas.
JULIAN.—¡Pst! por Dios, Paquita, no grites; más bajo, te lo suplico por última vez, por lo que más quieras en el mundo; por tu honra.
PAQUITA.—¿Mi honra? ¿y eres tú...? tú, quien... ¡mi honra! mi honra á merced del gran señor, que á los dos días me deja, como quien tira un trasto, como si se tratara de la última de las perdidas.
JULIAN.—No, Paquita, no: nunca, te engañas
PAQUITA.—Pues entonces qué significan esos seis días sin verte, ni saber de tí. Cerrarme la puerta de tu casa, rebajarme á los ojos de los criados; dos cartas suplicando inutilmente y tú... digo V., el fátuo, el engreído, el miserable egoista ¡que si quieres! todo por su Rosario y para su Rosario. ¡A buena hora! ¿por qué la engañaste, pues, si tanto la querías? infame hipócrita; ten al menos el valor de tus actos y de tus culpas.
JULIAN.—Pues no tengo ese valor, Paquita; no lo tengo, ni quiero, ni debo tenerlo; todo lo contrario, y tú, óyeme con calma, ponte en razón y no olvidemos la tristísima y enojosa escena del último domingo. Rosario á estas horas, enterada de todo, no parece la misma: inquieta, celosa, delicada, enferma... no sosiega, no vive: darle otro disgusto, sería una infamia, un crímen imperdonable. Yo

por mi parte, no puedo seguir engañando á mi Rosario, tómalo como quieras, pero me arrepiento, sí, lo confieso, me arrepiento con toda mi alma: harto la hemos hecho sufrir y tu sabes muy bien, que no es mía toda la culpa, ni soy yo el más culpable.

PAQUITA.—Lo esperaba: es natural ¡y tanto! Claro, como que aquí no hay más culpable que yo: la Paquita, esta dichosa Paquita, coqueta, seductora... mientras que tú, ¡pobre inocente! te dejaste querer... ¡cediste á mis sú...

JULIAN.—No he querido decir eso, Paquita, ni quiero tampoco ser cruel contigo. Yo te he querido, bien lo sabes, te quiero aun, te querré siempre... seremos amigos, más que nunca, pero dignos el uno del otro.

PAQUITA—¡Calla! ¡calla! ó no respondo de...

ESCENA XVII

(*Abriendo las puertas de su habitación, aparece Rosario, que con paso firme y seguro se dirije á la mesa con intención de tocar el timbre. Paquita con un ademán, pero sin moverse del centro del escenario, la detiene exclamando con voz alterada:*)

PAQUITA.—No te molestes, no es preciso: ¡sé el camino!.

(*Luego consulta con la mirada á Julian que, con los ojos bajos, permanece clavado en su sitio. Primer término derecha. Despues vuelve la mirada hacia Rosario; ésta dignísima, y sin moverse, primer término izquierda. ni la mira siquiera. Por fin Paquita, con todo el odio de una mujer celosa, exclama:*)

PAQUITA.—¡Juro por mi nombre que os acordareis de mí!... (*Mutis rápido*).

ESCENA XVIII

JULIAN y ROSARIO, luego LUIS, CARMEN, FILOMENA y por último ISABEL.

JULIAN.—¡Qué has hecho, desgraciada! ¡qué has hecho! (*Rosario cae desplomada en un sillón*) ¡Rosario! ¡Rosario! ¡qué es eso! ¿qué tienes? Rosario mía, contesta, habla, ¡habla por Dios!

LUIS.—(*Aparece tirando las flores que tiene en la mano*). ¿Qué ocurre? (*Corriendo hacia su madre*)

CARMEN.—(*Aparece; al ver á su madre tira un jarrón, que se rompe en mil pedazos, quedando esparcidas por tierra, y corriendo hacia ella, exclama con espanto:*) ¡Qué le pasa á Mamá! Mamá mía, mamita ¿qué tienes? ¿te sientes mal?

LUIS.—Está fría. . helada... pasemos á tu cuarto... ¿Quieres?

ROSARIO —(*Con voz débil*). No puedo.

CARMEN.—Sí... sí puedes.

LUIS.—Vamos, ánimo, valor! (*Mientras los dos hermanos acompañan á su madre, que, apoyada entre los dos, hacen mutis, van apareciendo Filomena, que al ver lo qne pasa, tira tambien cuantas flores lleva*, cuantas más mejor, *y enseguida Isabel, tambien con flores; ésta no las tira precisamente, pero le caen de las manos. La escena debe estar sembrada de flores*).

ESCENA XIX

JULIAN.—Usted, Filomena, corriendo á casa el Doctor.

FILOMENA.—Volando, señor, volando.

JULIAN.—No vuelva sin él, y á la portera...

FILOMENA.—Comprendo, comprendo, señor. (*Esto lo dice Filomena, haciendo mutis y todo muy rápido, hablando casi á la vez*).

JULIAN.—Isabel, aquí, quieta, y en cuanto llamen, sin perder momento, ¿entiendes?

LUIS.—(*Asomando sólo la cabeza*) ¡Papá! ¡papá! ven, ven por Dios! (*Todo lo más rápido posible*).

JULIAN.—¡Voy, Luis! ¡¡Voy!! (*Mutis corriendo. Isabel queda sóla en medio del escenario y la escena sembrada de flores*)

ISABEL - ¡Jesus! ¡Dios me valga! y qué estrupicio... Estas m'apuesto á que non vamos mañana á Villa-Rosario .. Paréceme qu'ha entrao mala meiga, que todo ó revolve... y el jarrón roto! et las pobriñas flores toudas por terra... (*mientras dice lo que sigue, va recogiendo flores*) ¡qué lástima! ¡pobriñas flores! tan fermosas .. tan fermosas... (*siempre recogiéndolas hasta bajado el*

TELÓN



ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Está amaneciendo. Sólo un mechero de la lámpara encendido. Absoluto silencio durante tres minutos, luego el péndulo dá las seis.

ESCENA PRIMERA

CARMEN.—(*Durmiendo tendida, y sin peinar, en el sofá. Sueña en alta voz*). ¡Mamá! mamá mía ¿que tienes?... ¿porqué lloras? (*Pausa).*

FILOMENA.—*(Saliendo del cuarto de Rosario; de puntillas, se dirige á la otra puerta del foro, en el momento en que aparece Isabel, á quien entrega vaso y plato que lleva en la mano. No reparan en Carmen hasta que lo indique el diálogo*).

ISABEL.—(*A media voz*). ¡Ah! es vosté Filumena.

FILOMENA.—Buenos días Isabel

ISABEL.—Muy buenos, y que tal ¿como pasau la noche D.ª Rosario?

FILOMENA.—Regular; hasta las dos no pudo conciliar el sueño.

ISABEL.—¿Y la señorita?

FILOMENA.—Hasta la madrugada no quiso dejarla

CARMEN.—*(Soñando*). Mamita mía soy yo... tu Carmen... no... no te vayas.

ISABEL.—*(Prestando atención*). ¡Pts! Hable quedo. ¿Non oye vosté, Filumena?

FILOMENA.—Pues, si es la señorita.

ISABEL.—Vaya, estale soñando

FILOMENA.—¡Pst! ¡Calla!

CARMEN.—No... vosotros no, nunca.. sólo mamá.

FILOMENA.—No hay duda, soñando está, soñando con su madre; no, pues yo no la dejo ¿que diría el señor? nada, hay que llamarla.

ISABEL.—¿Vosté cree. .?

FILOMENA.— Claro (*Llamándola sin gritar*). Señorita! Señorita Carmen!
CARMEN —¿Qué hay? ¿quién vá? ¿qué quieren?
FILOMENA.—No tema señorita, soy yo.
CARMEN.—¿Quien, quien es?
FILOMENA.—Pues nosotras; Isabel y Filomena. ¿Usted sabe que hora es?
CARMEN.—Ni me importa.
FILOMENA – Está amaneciendo y V. sin acostarse y soñando.(*Carmen se incorpora*, *procurando desechar una idea*).
CARMEN.—Es verdad... sí . soñaba... Fué un sueño... pero qué sueño tan horrible. ¡Que pesadilla!
FILOMENA —Sí, eso fué, un sueño, una pesadilla, no piense más en ello y vaya á acostarse.
CARMEN.—No, ahora no: luego me echaré vestida.
FILOMENA.—Va V. á enfermar, señorita.
CARMEN.—No importa, yo no la dejo ¡pobre mamá! todas las mañanas su primer beso es para mí, V. lo sabe Filomena.
FILOMENA.—De modo que no hay medio...
CARMEN.—No; si la llamo acuda V. al momento (*Mutis al cuarto de su madre*).

ESCENA II

FILOMENA, ISABEL

FILOMENA.—Hágase su voluntad ¿Que le vamos hacer? Corra las cortinillas, Isabel. (*Mientras Isabel corre las cortinillas*, *Filomena apaga el mechero. La escena se ilumina á medias*). Así, muy bien: ya se pasó la noche. Un día más... es decir, un día menos. ¿Cómo está el tiempo Isabel? ¿sigue lloviendo?
ISABEL.—¡Quiá! ni sombra, el tiempo está bueno. (*Junto al balcón*). Acabouse el viento y aquel diluviar; ¿non ve vosté, Filumena?, cielo despejado y sin nubes.
FILOMENA.—Sin nubes, por ahora, despues veremos; por algo dicen aquello «No hay pena que cien años dure ni mal tiempo que no mejore» Aún que á ser cierto lo que dicen...
ISABEL. Y... ¿qué dicen?
FILOMENA.—(*Mucho misterio*). ¡Friolera! que ha llegado el otro.
ISABEL.—¿El otro? ¿Y quien es el otro?

Filomena.—Toma ¿quien ha de ser? El marido. (*Viendo que no entiende*). El marido de esa condenaa.
Isabel.—¿El marido de D.ª Paquita?
Filomena.—¡Pst! más bajo y no la nombres que nos trae mala sombra.
Isabel.—¡Canastus! ¡canastus! y.. viene enterau?
Filomena.—De todò, y celoso y con peores intenciones que un miura y sin jindama ninguna.
Isabel.—Non le faltaba mais á la pobre señora.
Filomena.—Por algo dicen aquello «Bien vengas mal...» etc ¡Pts! silencio! El señor.

ESCENA III

Julian.—¿Que hacen Vds aquí? Isabel, á su obligación. (*Mutis Isabel*). ¿Y la señora?...
Filomena.—Como ayer, como siempre.
Julian.—¿Quien está ahora con ella?
Filomena.—La señorita y la Hermana, por supuesto.
Julian.—¿Que dice la Hermana?
Filomena.—Esa no habla, señor.
Julian.—¿Y Carmen?
Filomena.—Llora.
Julian.—Basta. . (*Pausa*). Vaya, Filomena, vaya con ellas.

ESCENA IV

Julian.—¡Pobre Carmen! acabará por enfermar como su madre. (*Queda sumamente preocupado*). Y si luego... si fatalmente. No, no quiero pensarlo. ¡Pobre Rosario! ¡sería horrible! ¡criminal! Dios no querrá. Harto castigado estoy. (*Aparece Carmen y dice abrazando á su padre:*)
Carmen.—Buenos días ¡Que rareza! tan temprano ¿como es eso? ¿Vas á salir, papá?
Julian.—Sí, voy... á despedir á un amigo... pero tu no descansas hija mía.
Carmen.—No tengo sueño y deseo saber que dice el doctor.
Julian.—Pierde cuidado, te avisaremos.
Carmen.—Y si despierta mamá, si pregunta por mí? Me apena dejarla sóla.
Julian.—Para esto está la Hermana.

CARMEN.—Sí, la Hermana. El silencio perpétuo Esas monjas, serán muy buenas, unas santas, pero me dan miedo. Parecen estatuas sepulcrales... y tú ¿cómo no entras nunca?

JULIAN.—Luego, Carmen, no deseo otra cosa... ¿cómo pasó la noche?

CARMEN.—Soñando siempre y siempre contigo.

JULIAN.—¿Conmigo?

CARMEN.—Y así, bajito, muy bajito, te llamaba.

JULIAN.—¡Pobre Rosario!

CARMEN.—Julian mío, murmuraba, ¡ya no me quieres! ¿Porqué?...

JULIAN.—¿Que no la quiero?

CARMEN.—Verdad que sí, papá, ¿verdad que la quieres?

JULIAN.—¡Ay, hija mía; con toda mi alma!

CARMEN.—Pues díselo, como se lo digo yo, y bésala como yo la beso.

JULIAN.—¡Pobre hija mía. (*Aparece Filomena*)

ESCENA V

Poco á poco se va iluminando la escena.

JULIAN.—Aquí está Filomena. ¿y la señora?

FILOMENA.—Sigue durmiendo.

JULIAN.—Pues acompañe á la señorita.

CARMEN.—No, ahora no; tu has prometido darle un beso.

JULIAN.—Sí, Carmen, sí, con toda mi alma! no uno, mil, pero despues.

CARMEN.—Está bien, fio en tu palabra y no olvides que te espero... Que te esperamos... (*Falso mutis y vuelve con mucha coquetería dándole un beso, mutis y tras ella Filomena*).

ESCENA VI

Queda Julian visiblemente preocupado. Consulta su reloj con el péndulo, luego se dispone á escribir, observando si aparece Luis, más al aparecer este, cierra el cajón de la mesita y se levanta, procurando disimular.

LUIS.—Buenos días, papá; mucho madrugas hoy.

JULIAN.—Como tú.

LUIS —En mí es costumbre. ¿Y mamá?

JULIAN.—Sigue descansando, pero hoy la veré aun cuando ella no quiera!

LUIS.—Te engañas, precisamente quiere todo lo contrario Te rechaza y te desea; sufre, está celosa, enferma, pero en el fondo no anhela otra cosa, ¡te quiere tanto!

JULIAN.—Como yo la quiero tambien. (*Pausa*). Oye, Luis... ¿No sales esta mañana?

LUIS.—Veremos.. (*Pausa*). ¿por qué lo preguntas?

JULIAN.—Quisiera ver á Ricardo.

LUIS.—No puede tardar. Su primera visita es para nosotros... Ese sí que madruga.

JULIAN.—Por lo mismo. (*Pausa. El público debe comprender que ni Julian ni Luis están serenos y que no dicen lo que piensan. Depende de los actores.*)

LUIS.—Dime, papá: ¿qué pasa?

JULIAN.—¿Como que pasa?

LUIS.—Quiero decir que algo ocurre anormal.

JULIAN.—No te entiendo.

LUIS.—O yo no sé explicarme.

JULIAN.—Vamos á ver; habla.

LUIS.—Ayer cenaste en casa; luego te acostaste temprano, hoy te levantas más temprano todavía y dispuesto á sallir: todo esto en tí no es natural y por lo mismo me extraña.

JULIAN.—Pues no debe extrañarte Voy á despedir á un amigo. Ahí tienes la explicación de lo que tu llamas anormal.

LUIS.—Y.. ¿Quien es ese... amigo?

JULIAN.—No le conoceis.

LUIS.—Y Carmen ¿lo sabe?

JULIAN.—Naturalmente. . pero todo eso ¿que tiene de particular? (*Pausa*). Oye Luis.... ¿en que piensas?

LUIS.—No sé... quisiera...

JULIAN.—Habla... dí... ¿que te detiene?

LUIS.—Quisiera. . acompañarte

JULIAN.—Lo siento, Luis. Cabalmente iba yo á pedirte...

LUIS.—¿Que fuera por el doctor?

JULIAN.—Acertaste Toma un coche.

LUIS.—Al momento. (*Luis hace mutis muy despacio, como no resolviéndose á marchar y murmurando entre dientes:)* ¿Que amigo será ese?...

JULIAN.—¿Decías algo?

LUIS.—¿A que hora sale ese... amigo?...

JULIAN.—No sé; nvendrá por mi.
LUIS.—¿Luego son varios?
JULIAN —Sí... varios. Anda, hijo, anda.
LUIS.—(*Haciendo mutis, triste y preocupado. El autor recomienda esta escena á los actores*) ¡Adiós papá!. .
JULIAN.—¡Adios hijo mío! (*dice eso conmovido, enjugándose los ojos*). ¡Pobre Luis!... ¿habrá comprendido? .algo, algo sospecha, no hay duda... En fin, ya no es posible retroceder.

ESCENA VII

Julian visiblemente preocupado y sentado junto á la mesa, escribe como temeroso de que le sorprendan y con toda rapidez, pone el sobre y deja la carta en el cajón, dejando la llave en la cerradura despues de vacilar un momento; hay que dar gran interés á esta escena. Depende del actor. Reina absoluto silencio. Se oye abrir y cerrar la puerta del piso. Luego aparece ISABEL.

ISABEL.—Señor.
JULIAN.—¿Que hay?
ISABEL.—Preguntan por vostede.
JULIAN.—¿Quien es?
ISABEL.—Dous caballeros.
JULIAN.—¿Están?
ISABEL —Esperando en la antesala.
JULIAN.—Voy al momento. (*Poniéndose sombrero y abrigo*) Llegó la ahora.

ESCENA VIII

En el momento de ir á hacer mutis Julian, aparece CARMEN.

CARMEN.—¿Qué es eso? ¿Te vas?
JULIAN.—Sí, lo dije: voy á despedir á un amigo.
CARMEN.—No te vayas ahora, te lo suplico.
JULIAN.—Pero ¿por qué?
CARMEN.—No lo sé, pero no te vayas.
JULIAN.—Es cuestión de pocos minutos.
CARMEN.—¿Qué les digo al doctor y á Luis, ¿qué pensarán?
JULIAN.—Pero ¿qué tiene de extraño que salga un instante? Vaya un empeño.
CARMEN.—El tuyo.

ISABEL.—(*Dice desde el foro:*) Señor.
JULIAN. - ¿Qué hay? ¿V. qué quiere?
ISABEL.—Pues que se impacientan aqueles caballeros.
JULIAN.—Voy al momento. (*Mutis Isabel*). ¿Oyes, Carmen?
CARMEN.—Que se impacienten, mejor, que se vayan, ¿qué nos importa?
JULIAN.—¡Qué sabes tú, pobre hija mía!
PADRINO 1.º.—(*Desde el foro y asomando solamente la cabeza*). Julian, pasa la hora, llegaremos tarde.
JULIAN —Voy, voy enseguida. (*Mutis padrino).* Lo ves, Carmen, lo estás viendo?
CARMEN.—No, papá. no veo, ni oigo, ni quiero: yo sólo sé que te vas. (*Abrazando á su padre*)
JULIAN.—Es preciso, Carmen: suelta, hija mía, suelta por Dios!
CARMEN.—No, yo no quiero que te vayas; espera á que despierte mamá.
JULIAN —¡Imposible, Carmen, imposible!
CARMEN.—¿Imposible? ¿por qué? no entiendo
JULIAN.—¡Adios, hija mía! ¡Adios! cuida de tu madre (*Dándole un beso, mutis rápido).*

ESCENA IX

(Carmen cae sentada en la butaca y llorando exclama:)

CARMEN.—¡Papá! ¡Papá! (*Aparece Filomena, luego Isabel*).
FILOMENA.—¿Qué hay? ¿qué ocurre? ¿qué le pasa á V. señorita?
CARMEN —No sé, tengo miedo.
FILOMENA.—¿Miedo... de qué?
CARMEN —De todo..
FILOMENA.—¿Cómo de todo?
CARMEN.—Sí; de esos que han venido, de papá, de Luis
FILOMENA.—No comprendo, señorita ¿y tú?
ISABEL.—Que me emplumen si la entiendo.
CARMEN.—Oye, Isabel ¿qué querian esos señores?
ISABEL.—¡Pobre de mí! ¿yo que sé?
CARMEN.—¿A qué han venido?
ISABEL.—Non lu sé.
CARMEN—¿De qué hablaban? ¿no oiste?
ISABEL.—¡Quiá! señorita, si non hablan.

CARMEN.—¿Que no hablaban?
ISABEL.—Si me le parecían dous defuntos.
CARMEN.—¿Y papá?
ISABEL.—Su papá le berraba al cochero: ¡Eh, corriendo á escape!
CARMEN.—¿Hacia donde? ¿no viste?
ISABEL.—Non lo sé, paseo arriba; si parecía llevaban lo demos del inferno.
CARMEN.—¡Jesús! que idea, que idea tan horrible
FILOMENA —¡Ps!, más bajo, puede despertar su mamá.
CARMEN —¡Pobre mamá! sí, que duerma, que duerma siempre, quizá mas le valiera no despertar.
ISABÉL.—Que cosas dice la señorita, ¿vosté la entiende, Filumena?
FILOMENA.—Hasta ahora, ni tanto así.
CARMEN.—¡Ay Filomena! quiera Dios que nunca lo entiendan. Y mi hermano y el doctor ¿qué hacen? por qué no vienen? y papá fuera, con esos.
FILOMENA.—Pero, señorita, que tiene de particular que su papá y esos caballeros hayan salido en coche? Cuantas veces el señor...
CARMEN.—No me pregunte, Filomena, y tú contesta, pero antes aguarda. (*Asomándose al balcón*) Nada, nadie, no vuelven.
FILOMENA.—(*Aparte á Isabel*) Oiga, Isabel. (*Le habla al oido*).
ISABEL.—(*Haciendo mutis rápido*). Enseguida.
CARMEN.—¿Qué le ha dicho V. á Isabel?
FILOMENA.—Nada, señorita.
CARMEN.—¿Como nada? ¿Pues por qué corre? ¿A donde va?
FILOMENA —Pero señorita, por María Santísima, en todo ve V. hoy sombras y misterios y sabe V. lo que hay? que está V. débil, extenuada, que lleva cuatro noches sin dormir, que esto no puede continuar (*aparece Isabel con una taza de caldo*) y que ahora vá V á tomar una tacita de caldo.
CARMEN.—No, Filomena, no quiero.
FILOMENA.—¿Cómo no? Vamos, no sea V. niña, por su salud, por su mamá, (*la toma*). así. . bien; muy bien.
CARMEN.—Oye, Isabel, tú sabes donde vive Don Ricardo? allí encontrarás á mi hermano, ¿entiendes? ¡Pts!, no te vayas, espera.
FILOMENA.—¿Por qué? ¿qué hay? (*Corriendo las dos hacia el balcón*). Vaya, sí, son ellos, corre Isabel, no te detengas. (*Mutis Isabel.*) Ve V., señorita, ya los tenemos aquí.

ESCENA X

CARMEN.—¡Ay! gracias á Dios!
DOCTOR.—¿Que tal? como pasó la noche D.ª Rosario?
FILOMENA.—Bien.
DOCTOR.—¿Y ahora?
FILOMENA.—Descansando, tan sosegá.
DOCTOR.—Y tú ¿que tienes? á ver el pulso, estás agitadísima; esto no es natural, tu has llorado. ¿Que ha ocurrido Filomena?
FILOMENA.—Nada Sr. Doctor, sólo que como no quiso la señorita acostarse esta noche y quedose aquí dormida y luego anduvo soñando.
CARMEN.—No, Filomena, no es eso
DOCTOR.—Pues...
CARMEN.—Sí, tuve un sueño, es verdad; una pesadilla, más no fué todo sueño.
DOCTOR.—Habla, habla por Dios... (*Viendo á Carmen buscar con la vista*) ¿Qué tienes Carmen? ¿qué buscas?
CARMEN.—A mi hermano, á Luis, ¿no vino Luis con V., doctor?
DOCTOR.—No, hija mía, es decir, fué á buscarme, pero luego no sé que idea se le ocurrió, no puede tardar; y volviendo á tu sueño ó pesadilla...
CARMEN.—No hay tal sueño, doctor.
DOCTOR.—¿Pues?
CARMEN.—¡Si yo misma no lo sé! Cuando fué Luis á buscarle á V. y quedé yo aquí sóla con papá, vinieron unos señores... eran dos sí, eso es; dos: y papá quiso... es decir, esos señores, si no sé como explicar, Isabel tú, tú lo sabes.
FILOMENA.—Sí señorita, sí; Isabel lo sabe, tú se lo dirás al Sr. Doctor, ¿verdad?
DOCTOR.—Está bien, Filomena, está bien, vaya y avise en cuanto despierte la señora. (*Mutis Filomena*).

ESCENA XI

DOCTOR.—¿Qué tu lo sabes? Vamos á ver, acabemos; ¿que significa ese misterio?
ISABEL.—¡Quiá! ningún misterio, señor doctor; lo que le hay, digo yo, paréceme, que como la señorita estaba... así como direi? tan .. tan..
CARMEN.—¿Pero que hablas? ¿que dices de mí?

ISABEL.—Nada, que como quiso el señor marcharse, et non le bastaron ruegos, nin razones y estaba durmiendo la enferma...

DOCTOR.—Al grano ¿que más?

ISABEL —Non sei mais señor.

DOCTOR.—No recibiste tu á esos...?

ISABEL.—Claro, yo mesma.

DOCTOR.—¿Y qué decían?

ISABEL.—Como hablaban tan quedo. . tan quediño...

CARMEN.—No es verdad; aquí hay algo que tu callas, que no quieres decirnos.

ISABEL.—Por estas que non le hay más, ¿pero ocurre alguna desgracia?

DOCTOR.—¡Silencio! habla bajo ¿qué quieres que ocurra? ¡Pts!

ISABEL.—Tómalo con tal empeño la señorita y pregunta mais cosas...

DOCTOR.—Pues nada ocurre ¿lo entiendes? y no vuelvas sin que te llamen.

ISABEL.—(*Haciendo mutis*). ¡Jesús! que cara pone el señor doctor.

ESCENA XII

DOCTOR.—Oye, Carmen, apenas despierte tu madre...

CARMEN —No, doctor, ¡qué no despierte, qué no despierte!

DOCTOR —Pero ¿que estás diciendo hija? no te entiendo.

CARMEN.—O no quiere V. entenderme: Vamos á ver ¿no le dice á V. nada mi agitación? ¿El misterio que nos rodea? ¿Esa salida tan intempestiva? y sobre todo esos dos que vienen en su busca á las seis de la mañana.

DOCTOR.—¿Cómo? ¿supones?

CARMEN.—No no supongo, estoy segura, papá ha ido á batirse... se está batiendo... y quizá ahora, en este momento .. ¡Oh! si es horrible! ¡horrible!

DOCTOR.—Poco á poco, Carmen, no nos precipitemos. Llama á Isabel

CARMEN.—¿Para qué? Es inútil. Esa imbécil ha visto dos señores, un coche, un cochero y de ahí no sale; imposible arrancarle una palabra más.

DOCTOR.—No importa, llámala.

CARMEN.—(*Bajito desde el foro*). ¡Isabel! (*Aparece*).

ISABEL.—¿Mandame la señorita?

CARMEN.—Don Ricardo.
DOCTOR.—Ven acá, Isabel. Haz memoria, no mientas y nada temas. Cuando llamaron esos... caballeros y estaba aquí sólo el señor... ¿que hacía?
ISABEL.—Pues... eso... escribiendo.
CARMEN.—¿Has dicho «escribiendo»? ¿estás segura? ¿aquí? . (*Rapidísimo*)
ISABEL —Digo yo, me le parece.
CARMEN.—Basta, basta ya. Vete, vete.
DOCTOR.—Y avisa en cuanto lleguen. (*Desde este momento Carmen revuelve papeles hasta encontrar la carta*).
ISABEL.—(*Haciendo mutis asustada*). Sí... sí que entiendo.

ESCENA XII

CARMEN.—¿Ha dicho escribiendo? En tales momentos ¿á quien? ¿á quien, Doctor? ¡Aquí está la llave! (*Nerviosa y buscando siempre*). No, no, no es eso... tampoco
DOCTOR.—Calma, Carmen. Calma, hija mía.
CARMEN.—¡La encontré! (*Leyendo)*. Para mi Luis. ¿No lo dije? Para mi Luis.
DOCTOR —Dame esa carta
CARMEN.—¡Ah! no, Doctor, eso no. (*Rompiendo el sobre*).
DOCTOR.—¿Qué intentas?
CARMEN.—¿Y V. lo pregunta?
DOCTOR.—Que no es para tí, Carmen.
CARMEN.—¿Qué importa? He de leerla.
DOCTOR.—(*Intenta arrebatársela*) Nunca; que no, he dicho.
CARMEN.—(*Luchando*) Suelte V., Doctor. Suelte ¡que me lastima!
DOCTOR.—¡Carmen! ¡Carmen!
CARMEN.—Suelte ó grito y llamo á mamá! (*Esto lo dice Carmen casi gritando. El doctor la suelta y con espanto dice:*)
DOCTOR.—¡No! ¡no grites! No llames. Toma, lee: tu lo has querido.
CARMEN.—*Leyendo con emoción reprimida.*) «Luis. hijo mío, vas á cumplir 23 años: hoy la fatalidad me obliga á hablarte como padre, como amigo y como hombre. Una ligereza me lleva al terreno, me han provocado, me han insultado y. . naturalmente debo batirme...»

DOCTOR.—(*Con marcada ironía*). Naturalmente.
CARMEN.—«..lo exige mi honor... mi honor que es el vuestro. Si, como no espero, la suerte me fuera adversa...»
DOCTOR.—Basta, Carmen, basta ya, deja esa carta.
CARMEN.—No, doctor, no; he de leerla hasta el fin. (*Sigue leyendo cada vez más emocionada*). «.. Si una desgracia llegara, ten calma, serenidad, Valor» (*Para sí*). ¡Valor!
DOCTOR.—¡No sigas, Carmen, no sigas! (*Intenta quitársela, Carmen sigue leyendo á pesar de todo*). «Consuela á Carmen, tu buena hermana, cuida de tu madre, mi desdichada Rosario y perdona á tu padre... Julian». . ¿Y ahora que me dice V. Doctor?
DOCTOR.—Hija... no lo sé.
CARMEN.—Ya ve V. que no puede ser más terminante.
DOCTOR.—Es verdad, pero un duelo tiene tantas y tan distintas soluciones.
CARMEN.—Pero dejando siempre en salvo el honor y matando de una vez á sus hijos, á mi pobre mamá. (*Timbre seco y prolongado*).
DOCTOR.—¡Pts! Silencio. Llama la Hermana, despertó tu madre. Dame esa carta.
CARMEN.—(*Dándosela*). Es verdad. ¿Ya para qué?

ESCENA VX

(*Aparece Filomena y dice:*)
FILOMENA.—Llamó la Hermana.
DOCTOR.—Sí, ya sé; pero á mi, sólo á mi, tú no Carmen; no vayas ahora. (*Mutis*).
CARMEN.—Ya ve V. Filomena, que fatalidad; sería horrible. ¡Que desgracia, Dios santo! que desgracia.
FILOMENA.—Pero qué cosas dice V. señorita; crea V. que no la entiendo, ni veo ninguna desgracia.
CARMEN.—¿Por qué presentiré yo tantas?
FILOMENA.—Más bajo, señorita, que no la oiga su mamá, recuerde lo que dijo el doctor.
CARMEN.—Sí, sí, lo sé, no lo olvido. ¡Pts! calle.
FILOMENA.—¿Que hay?
CARMEN.—¡Pts! ¡silencio!
FILOMENA.—¿Qué ocurre?
CARMEN.—(*Corriendo al balcón*). Un coche.
FILOMENA.—(*Id. id*) ¿Un coche? ¡Ah sí!, pero no, no para; ¿ve V? no para aquí.

Carmen.—Es verdad, sigue, sigue su camino. Nada, creí . me pareció...

Filomena.—¡Pobre señorita! la engaña el deseo.

Carmen.—Cuanto tarda papá, qué martirio; y ese maldito reloj con qué calma marcha; cada minuto parece un siglo; y mamá ¿qué pensará de nosotros al ver que nos llama inutilmente?

ESCENA XV

Doctor - Vaya, albricias; mamá está mejor, mucho mejor, y confío que en pocos días, Dios mediante...

Carmen.—¿V. cree doctor?

Doctor.—Sí, Carmen, sí, quién lo duda. Está más tranquila, tiene menos temperatura, eso sí, necesita mucho cuidado, mucho mimo

Carmen.—¡Ay doctor! crea V. que por mi parte...

Doctor.—Lo sé, Carmen, lo sé, pero no olvidemos que el menor contratiempo, el más pequeño disgusto, lo echaría todo á perder. El corazón no quiere emociones, de lo contrario, de lo contrario...

Carmen.—¿Qué doctor?

Doctor.—La mataríamos.

Carmen.—¿La mataríamos?

Doctor.—Irremisiblemente.

Carmen.—¡Ay! no, doctor, no, eso nunca . y Luis ¿cómo no está aquí? ¿qué hace? ¿en qué piensa? Y mi padre que no vuelve, allá fuera, Dios sabe donde, con ese canalla de Martín, y pensar que á estas horas, quizá en este instante...

Doctor.—Pero que estás diciendo, hija mía, no desesperes. ¿Quien sabe?

Carmen.—V. lo ha dicho, doctor «¿quien sabe»? herido, muerto tal vez, ¡qué va á pasar aquí, Dios mío! ¡que va á pasar! y que angustia, que angustia tan grande

Doctor.—No nos anticipemos, Carmen, no seas niña. Dios sobre todo.

Carmen.—Pero no ve V. ese reloj, ¿cómo pasan los minutos, cómo pasa el tiempo? y nosotros esperando.

Doctor.—¡Pts! calla... alguien llega.



ESCENA XVI

Aparece LUIS

CARMEN.—¡Mi hermano!
DOCTOR.—¡Luis!
CARMEN.—Por fin... ¿y papá? (*Gran ansiedad*).
LUIS.—¡Cómo! ¿No ha vuelto?
CARMEN.—Ya lo ves.
LUIS.—Pero... ¿tú sabes?
CARMEN.—Todo, Luis, todo.
LUIS.—Y .. ¿quien...?
DOCTOR.—(*Entregándole la carta*). Toma. lee.
LUIS.—(*Conmovido; leyendo para sí*). No me sorprende .. la esperaba. .
CARMEN.—Ya ves que no puede ser más terrible, y ahora. . qué hacemos?
LUIS.—No sé, Carmen; no lo sé.
CARMEN.—¿Y tú, de dónde vienes?
LUIS —¿Que sé yo? de todas partes; del infierno... de casa de Martín.
DOCTOR.—¿Y no diste con él?
LUIS —¡Ay! ¡ojalá!
DOCTOR.—Más vale así.
LUIS.—¡Dios no lo ha querido!
CARMEN. — Pues entonces ¿que has hecho? habla ¿cómo has sabido?...
LUIS.—Si digo que no lo sé. Fué como un vago temor .. un fatal presentimiento Al madrugar yo esta mañana, me encuentro á papá correctamente vestido y dispuesto á salir. Me sorprende y no me esplico semejante salida á deshora y sobre contestar á mis preguntas con evasivas, me habla de un amigo misterioso, á quien nadie conoce: luego vaguedades, incoherencias... que sé yo. Terrible, tenaz sospecha se apodera de mí: busco un pretexto, corro á casa de Martín; llego, pregunto, inquiero, ruego, amenazo: nada. Nadie sabe una palabra... fingen ó mienten, pero no desisto. Recorro los sitios más indicados; todo inútil, ni rastro, ni sombra. Pasan treinta minutos, cuarenta, más, ya ¿á qué buscar? Aquí me vine maldiciendo mi torpeza. Luego dudas, temores y esta carta que

nos deja en las tinieblas; y yo, insensato, que no supe prever, que no he sabido impedir.

CARMEN.—¡Ay, Luis! esta incertidumbre es horrible.

DOCTOR.—Mientras no llegue la realidad á hacernos desear la incertidumbre.

LUIS —Entonces V. sabe ó supone ..

DOCTOR.—Nada, hijos míos, ni la menor sospecha... ¡Pts! silencio! (*Aparece Filomena*).

ESCENA XVII

DOCTOR —¿Qué hay Filomena?

FILOMENA.—La señora, pregunta por los señoritos.

DOCTOR.—Es preciso engañarla. Vaya V. y dígale que como la señorita se acostó tarde, sigue descansando, y en cuanto al señorito Luis ..

LUIS.—Ni una palabra; iré yo: yo sólo, se dominarme. V., Filomena, con la señorita. (*Mutis*).

DOCTOR.—¿Has oido á tu hermano?

CARMEN.—No; ahora no, luego.

DOCTOR.—Ahora más que nunca.

CARMEN.—¿Y si llega papá?

DOCTOR.—Te avisaremos; anda Carmen, hija mía, ve confiada. V. tambien, Filomena. (*Las dos mutis, habitación de Carmen*).

ESCENA XVIII

D. Ricardo leyendo otra vez la carta como buscando una solución; luego ISABEL y despues los PADRINOS.

DOCTOR.—Es inútil... en vano busco una solución... una frase, una palabra; nada: Carmen tiene razón ¡pobre niña! ¡si esa desgracia llegara!.. si Luis y su madre... No, no, no quiero pensarlo. (*Desde el foro Isabel*).

ISABEL —Señor doctor

DOCTOR.—¿Qué hay? ¿Qué quieres?

ISABEL.—Que están aquí aquelles señores.

DOCTOR.—Que pasen. (*Aparecen los padriaos, sombrero en mano*). Adelante. Soy amigo de la casa; estoy enterado de todo... ¿y Julian?... ¿no viene Julian? ¿qué ha ocurrido?... ¿Viene herido?

. . . .

PADRINO 1.º —No señor: no viene.

DOCTOR —¿No viene? ¿por qué?... ¿por qué? pregunto.... ¿Muerto?.... (*Los padrinos bajan la cabeza; el doctor conmovido; depende de los actores*). ¡Muerto!... ¡Pobre Julian!

PADRINO 1.º. Ha sido imposible evitarlo.

DOCTOR.—En cambio han sabido VV. patrocinar una infamia.

PADRINO 2.º —Nosotros lamentamos...

DOCTOR —Comprendo, sirviendo de padrinos.

PADRINO 1.º.—Hay circunstancias... tenemos leyes sociales.

DOCTOR.—Imbéciles, eso, eso es lo que tenemos... (*Aparece Isabel*).

PADRINO 1.º.—¡Señor mío! Esas palabras...

DOCTOR.—No las retiro.

PADRINO 1.º.—Veremos si V. las sostiene.

DOCTOR.— Siempre, siempre ante la ley.... Isabel acompañe...

PADRINO 1.º.—Que yo no tolero. .

DOCTOR.—Basta ya, ó no respondo de lo que pase.

PADRINO 2.º —(*Llevándose á su compañero*) Vamos, vamos, no insistas. (*Mutis foro Isabel y padrinos*)

ESCENA XIX

DOCTOR, luego LUIS y luego FILOMENA, CARMEN é ISABEL

DOCTOR.—¡Estúpidos, ya han cumplido con nuestras leyes sociales! Han salvado el honor... el honor de esta pobre familia.

LUIS.—(*Gran ansiedad y rápido*). ¿Han llegado? ¿Son ellos? ¿Están aquí ya? ¿Y mi padre? ¿No ha vuelto? (*Cogiéndole por un brazo*). Pregunto ¿dónde está mi padre?

DOCTOR.—¡Luis!

LUIS.—Ah, no contesta. ¡Vive Dios, ya contestarán! (*Mutis corriendo como loco*).

DOCTOR.—(*Corriendo tras él*). ¡Luis! ¡Luis!

FILOMENA.—(*Saliendo de la habitación de Carmen y desapareciendo por el foro tras el Doctor, gritando.*) ¡Señorito Luis! ¡Doctor! ¡Doctor! (*En este preciso momento aparece saliendo de su cuarto, Carmen gritando)* ¡Luis! ¡Luis! ¡Por Dios! (*En el instante que tambien aparece Isabel gritando á su vez*). ¿Qué ocurre? ¿Que pasa? ¡Por Dios señorita! ¡Por Dios! (*Cayendo Carmen desma-*

yada en sus brazos y junto á la butaca colocadà cerca de la mesa donde quedará sentada hasta que lo indique el diálogo. Isabel atendiéndola, mientras se oyen grandes gritos que se suponen en la escalera, á saber:)

LUIS.—¡Miserables! ¡Canallas! ¡Cobardes! ¡A mi!... ¡Dejadme!...

DOCTOR.—Luis! Luis! Basta ya! ¡Por tu madre!

FILOMENA.—¡Por la Virgen Santísima! ¡Señorito!

LOS DOS PADRINOS.—Nos veremos! ¡Vamos! &.

(*Todos gritando á la vez y lo más rápido posible y siempre fuera mientras siguen en escena solas Carmen desmayada, Isabel que ha cogido un frasco colocodo encima la chimenea, la atiende haciéndole aspirar éter y gritando*).

ISABEL.—Señorita, señorita Carmen, por Dios señorita. (*Aparecen de nuevo el Doctor y Filomena arrantrando á Luis, pálido, descompuesto y gritando*).

LUIS.—Que habeis hecho! Me los han quitado! Han escapado, miserables! Canallas! Cobardes! Ya llegará su hora y pronto

DOCTOR.—Luis! Por Dios! Piensa en tu madre. Luis! Por Dios...

LUIS.—Y en cuanto al matador, lo que es á ese, juro á Dios.

DOCTOR.—Luis, vuelve en tí. ¿Qué intentas? Otro duelo.

LUIS.—Asesinato, ó lo que sea. Sangre! Sangre!

DOCTOR.—Calla Luis, calla, no sabes lo que dices. (*Timbre muy á tiempo y largo*)

FILOMENA.—¡Pst! Silencio! La señora! Llama la Hermana.

DOCTOR.—Voy, voy .. pero como les dejo ahora... Imposible... V. Filomena, vaya y vea de engañarlas.

FILOMENA.—Comprendo señor, comprendo señor Doctor, comprendo, deje, déjeme V. á mí, (*haciendo mutis)*, ya se... ya se...

ESCENA XX

(Isabel y Doctor, atendiendo á Carmen, Luis llorando sentado junto al sofá).

ISABEL.—Ya vuelve, señor Doctor, ya vuelve, fué un desmayo.

DOCTOR —Es natural, ¡pobrecita!... ya pasó.
LUIS.—(*Llorando*) ¡Padre mío! ¡pobre papá! ¡muerto! ¡muerto!
CARMEN.—(*Volviendo de su desmayo, mira á todos fijamente y al oir «muerto» exclama con espanto indecible:*) ¡Muerto! (*y prorrumpe en un lloro aterrador, depende de la actriz*).
DOCTOR.—Basta, Carmen... basta ya, hija mía, serenidad, un esfuerzo, por Dios! piensa en tu madre.
CARMEN.—Sí, sí . no puedo... no puedo. (*Gran llanto otra vez*)
ISABEL.—(*Enjugándose los ojos*). ¡Pobrecita!
DOCTOR.—¡Carmen ¡hija! por todos los santos del cielo, por tu mamá (*Filomena saliendo del cuarto de la enferma*) ¿Que hay Filomena?
FILOMENA —La señora pregunta por los señoritos.
DOCTOR.—Lo ves ¿que le decimos á tu madre? ¿cómo engañarla? Carmen, hija mía, no llores ahora, luego, luego llorarás, tú Luis, todos; si se entera mamá, estamos perdidos, la matamos, la matamos irremisiblemente.
CARMEN.-No, no Doctor, eso no, no quiero, no... no... (*Gran llanto otra vez*), pero si no puedo! no puedo!
DOCTOR.—Carmen! Luis! hijos míos! ánimo por Dios! (*Aparece la Hermana*).
CARMEN.—Pero si no tengo... no tengo fuerzas.
DOCTOR.—Piensa en tu madre. Pts! pts! silencio! silencio ¡por Dios! La Hermana.
TODOS.—¡La Hermana!

ESCENA ÚLTIMA

DOCTOR.—¿Qué va á pasar aquí? ¡Dios santo!
HERMANA.—(*Adelantando como estatua clásica y en medio del más profundo silencio, dice solemnemente:*) **La enferma pregunta qué pasa.**
DOCTOR.—Nada, Hermana, nada. Se sintió Carmen indispuesta, pero ya pasó, vamos enseguida. (*A Carmen y á Luis*) ¡Valor, hijos míos! ¡llegó el momento!
LUIS.—(*Dominándose y cesando de llorar corre al lado de su hermana y abrazándola dice con voz firme:*) ¡Carmen, va en ello la vida de mamá!
CARMEN.—(*Con estupor y casi sin darse cuenta de lo que dice.*) ¿De mamá?... ¡Ah, no! Nunca! de

ningún modo ¡pobre mamá! ¡Ya no lloro! como V. Doctor! ¡como Luis! como todos; nada. Se acabó (*Haciendo un esfuerzo supremo exclama:*) ¡¡¡Voy, mamá!!! ¡¡¡Voy!!! (*Mutis corriendo al cuarto de su Madre, Luis la sigue todo lo más rápido posible á partir del ¡¡¡ Voy!!!*

DOCTOR.—Así Carmen, muy bien, hija mía: ese sí que es grande, sublime! Ese sí que es ¡Valor!

TELÓN

NOTA IMPORTANTE.—El traspunte tendrá gran cuidado en que los dos timbres sean completamente distintos, es decir, cuando llamen á la puerta debe sonar seco y corto, su duración *tres segundos,* cuando llame la enferma, fuerte y vibrante, su duración *ocho segundos.*



A partir de la página 39, escena XVI puede cambiar la obra, siempre que el Director de escena lo crea conveniente; de modo que puede representarse con cualquiera de los dos finales completamente distintos.



ESCENA XVI

Aparece JULIAN

CARMEN.—(*Abrazándole loca de alegria*) ¡Papá! ¡Papá mío! ¡Papá de mi alma! ¡mi querido papá! al fin ¡qué dicha!

JULIAN.—¡Carmen! ¡Pobre hija mía! ¿sabías...?

CARMEN.—¡Todo! todo.. leí tu carta... creí no verte... no verte más.

JULIAN.—¡Pobre Carmen! ¿y Luis? ¿qué dijo?
CARMEN.—Luis no está en casa, no ha vuelto.
JULIAN—Luego ignora?...
CARMEN.—Completamente.
JULIAN.—Menos mal... y ¿mi Rosario?
DOCTOR.—Muy bien: mejor que nunca y... esperando á su marido.
JULIAN.—¿Está dispuesta á oirme?
DOCTOR.—No desea otra cosa.
CARMEN.—Y tú, papá, recuerda...
JULIAN.—Sí, Carmen, sí: en cuanto salga la Hermana.
DOCTOR.—Pero cuenta, dinos algo; estoy impaciente. ¿Ese duelo?...
JULIAN.—(*Pausa corta*) No hubo duelo.
DOCTOR.—¿Que no hubo duelo? ¿Cómo se entiende?
JULIAN—Pues ahí está el caso, que no se entiende.
DOCTOR.—No comprendo.
JULIAN.—Ni yo.
DOCTOR.—Pero... ¿no comparecieron?
JULIAN.—Ni sombra. Veinte minutos esperando inutilmente.
DOCTOR.—Es raro, rarísimo, incomprensible.
JULIAN.—Como lo oyes: despues de varias conjeturas sin resultado se tomó acta, dí las gracias à mis padrinos y aquí me tienes como si tal cosa (*Abrazando de nuevo á Carmen*). ¡Pobre Carmencita, cuánto has debido sufrir ¿verdad?
CARMEN.—(*Abrazándole*). Ya pasó, papá mío, ya pasó.
JULIAN.—Y mamá sin sospechar... ¿No sabe...
CARMEN.—Ni una palabra ¡pobre mamá!... tan agena...
JULIAN.—¿Y Luis? ¿por qué no está en casa? ¿Cómo no vuelve?
CARMEN.—¿Qué sabemos?...
JULIAN.—Mucho me extraña, ¿No te parece, Ricardo?
DOCTOR.—(*Algo preocupado*). Verdaderamente á estas horas, es raro... no me explico...
JULIAN.—(*Con sobresalto*). ¡Dios de Dios!
CARMEN.—¿Qué tienes, papá? (*Casi al mismo tiempo*.)
DOCTOR.—¿Qué quieres decir?
JULIAN—¡Qué rayo de luz! ¡qué idea tan horrible! No, no; aparta, fuera, lo presiento... vienes con mala intención
CARMEN.—¿Qué? ¿Supones? ¿Sospechas acaso?... ¿Crees que Luis? ¡Papá! papá, contesta, habla, habla por piedad. Y V., Doctor, ¿nada dice? ¿Por qué calla?

DOCTOR.—No me preguntes, Carmen, no, no quiero saberlo, ni pensarlo.
JULIAN.—¿Luego temes?...
DOCTOR.—¿Por qué? sería horrible ¡Pobre Luis!
JULIAN.—Y sin embargo, sus preguntas de esta mañana, sus inchoherencias, esta tardanza inmotivada, todo, no dice bien claramente?... No, no hay duda, Luis no está aquí porque fué á batirse con Martín. Le provocó, y ahí tienes la clave y la solución de este misterio, y yo, ¡torpe de mí! sin pensar, sin darme cuenta, sin precaver... (*llamando á media voz*). ¡Isabel! ¡Isabel! ¡Filomena! (*Aparecen las dos; todo muy rápido*).
ISABEL —Mandame el Señor.
FILOMENA.—Señor, ¿qué ocurre?
JULIAN.—Sin perder tiempo, ¡corriendo, un coche, vivo! vivo!
FILOMENA.—Está bien (*Mutis las dos, rápido*)
ISABEL.—Voile, señor, voile.
DOCTOR.—¿Què intentas?
JULIAN.—¿Lo preguntas? Buscar á Luis, luego á Martín dar con ese canalla, que Dios confunda, llegar á tiempo, impedir de cualquier modo que ese maldito se atreva con mi Luis, ó le arranco mil vidas que tenga.
CARMEN.—No, papá, ¡No por Dios! no vayas tú,
DOCTOR.—Calma, Julian. Serenidad.
JULIAN.—La sangre de ese perdido, vida por vida.
CARMEN.—Papá, que me estás matando; y V. Doctor, por lo que más quiera, por nuestro cariño...
DOCTOR.—Pero qué puedo yo contra tu padre, si no razona, si está loco, si no sabe lo que dice, ni lo que quiere.
JULIAN.—¡Ay Ricardo! Yo sólo sé que si Luis no vuelve, aquí va á pasar algo horrible, espantoso.
DOCTOR.—¿Y quién tiene la culpa?
JULIAN.—¡Calla! ¡calla, ¡por Dios! no me tortures, ten piedad; harto castigado estoy: y tú ¿qué tienes? ¡Hija mía!
DOCTOR —(*Corriendo los dos hacia ella*). ¿Por qué lloras?
CARMEN.—No sé; algo siento que me oprime, que me tortura, que me ahoga... ¡Ay! ¡Papá! ¡Doctor... se me saltan las sienes. (*Cae desmayada*).
JULIAN.—(*Corriendo hacia ella*). ¡Carmen!
DOCTOR —(*Socorriéndola*). ¡Isabel, agua, agua! (*Isabel la trae en un vaso*). Venga, así. . Filomena,

éter! aquí en la chimenea... eso, traiga. (*Filomena ayuda al Doctor*). ¡Vivo, vivo!

JULIAN.—¡Pobre hija mía! ¡Pobre criatura! tan violentas y encontradas emociones van á acabar con ella.

DOCTOR.—Fué un desmayo... es natural .. ya pasó Debe de estar rendida, aniquilada; llora, hija, llora, pero que no te oiga mamá. V. Filomena, esas puertas. (*Filomena entorna las puertas del cuarto de la enferma*). Así, que no se entere, y tú, Carmen recuerda...

CARMEN.—Sí, Doctor, sí, ya sé, yo bien quisiera... pero si no tengo fuerzas, si no puedo, no puedo. (*Llora más que nunca*).

DOCTOR —Más bajo, bajito, por todos los Santos del cielo, ó la matamos, la matamos irremisiblemente. (*Aparece la Hermana*). ¡Pts! silencio la Hermana

TODOS.—¡La Hermana! (*Esta se adelanta un poco y con tono solemne dice:)*

La enferma pregunta ¿qué pasa?

DOCTOR.—(*Aparte á Carmen*). Carmen, vá en ello la vida de mamá.

CARMEN.—¿De mamá? ¡Ah! ¡no, nunca! (*Haciendo un esfuerzo sobrehumano*). ¡nunca! ¡Se acabó! Ve V., Doctor, ya no lloro . no, no, no lloro. (*Secándose las lágrimas*). Así, así... ¡Voy, Mamá! ¡Voy! (*Corriendo al cuarto de la enferma y la Hermana tras ella*).

DOCTOR —Muy bien, hija mía. (*á Julian*). Aprende: ese, ese sí que es valor (*Pausa*). Ahora te toca á tí ., ¿No oyes?.. ¿Qué esperas?

JULIAN.—A mi hijo, á mi Luis que no vuelve ¡Ay, Ricardo! Esta ansiedad es horrible y esta incertidumbre un martirio.

DOCTOR.—Mientras no llega la realidad, á hacernos desear la incertidumbre.

JULIAN.—¿Por qué lo dices? ¿Sabes acaso? ¿Sospechas?

DOCTOR.—Nada. Espero y confío. Tu hijo es inocente; si se tratara de tí... ¡Pts! ¡silencio! ¡suben!... alguien llega. (*Aparece Luis, pálido y algo descompuesto*).

ESCENA XVII

JULIAN —¡Luis! ¡hijo mío!
DOCTOR.—!Tú, Luis! (*Pausa. Luis en el foro, de pié, quieto é inmovil*).
JULIAN.—¿De dónde vienes?. . contesta .. habla.
LUIS.—No puedo.
JULIAN.—¿Por qué?... Te has batido...
LUIS.—(*Tras una pausa*). ¡Sí!
JULIAN.—¿Y Martín?...
LUIS.—¡Muerto!
JULIAN.—¿Muerto?...
LUIS.—Al primer disparo... Poco se ha perdido.
DOCTOR.—Era un malvado, un canalla.
JULIAN.—Es verdad, pero esta vez quizá estaba la razón de su parte.
DOCTOR.—Pues por lo mismo. La lógica del duelo.
LUIS.—¿Y Carmen?
JULIAN.—Con su madre, sufriendo lo indecible y esperando á su hermano... ahí la tienes. (*Aparece y abraza á Luis*).
CARMEN.—¡Luis! ¡Luis¡ ¡Ay gracias á Dios!

ESCENA ÚLTIMA

LUIS.—¡Pobre Carmen! (*Abrazados aún*). ¿Y Mamá?
CARMEN. —¡Bien' Muy bien... gracias al Doctor. (*Dándole la mano*). Papá ¿y ahora?... (*Aparece la Hermana y Filomena*).
JULIAN.—Vamos, hijos mios... ¡Vamos! ¡Pobre Rosario! (*Dice esto haciendo mutis entre sus hijos*).
DOCTOR.—Hermana... Filomena, está á sus órdenes. (*Signo de asentimiento de la Hermana*). Y. . ¿Hasta cuando?.
HERMANA.—Hasta que lo disponga Dios. (*Mutis muy despacio*).

TELÓN